

Editorial

En los últimos días se ha publicado en Estados Unidos un libro que analiza in extenso los cables de las embajadas de ese país en América Latina.¹ Allí los autores ponen en evidencia claramente que los lineamientos generales de la política exterior no han variado en lo sustancial desde la década de 1990, esto es, la generación de la inestabilidad organizada tal como la detallamos en el editorial del número 7, de septiembre de 2014. Allí decíamos que el presidente Barack Obama (Premio Nobel de la Paz) no contradecía en nada los lineamientos “establecidos a partir de la primera Guerra del Golfo Pérsico. Es la ‘Doctrina Bush’ de la inestabilidad organizada. En pocas palabras, de lo que se trata ‘es de reordenar las relaciones de fuerza en la economía internacional a través de la guerra’, al asumir la imposibilidad de mantener su posición hegemónica lograda luego de la Segunda Guerra Mundial. Dado que sus tradicionales aliados y los países emergentes no aceptan de forma acrítica el diseño de las políticas norteamericanas, Estados Unidos ‘inestabiliza’ ciertas zonas que resultan sustanciales para sus intereses de largo plazo, para proponerse como el único país que puede ‘poner orden’.”²

¹ Un artículo en castellano al respecto puede consultarse en <http://www.cepr.net/publicaciones/articulos-de-opinion/los-archivos-wikileaks-sobre-america-latina>, citando el libro publicado por Verso Books este año, *The WikiLeaks Files: The World According to U.S. Empire*.

² Fabio Nigra, “Inestabilidad”, editorial de *Huellas de Estados Unidos*, nro. 5, septiembre de 2013.

Así se *trabajaron* los casos de Afganistán, Irak, los fenómenos denominados “la primavera árabe”, la guerra civil en Siria y en la actualidad el espacio denominado “Estado Islámico” (ocupando amplias zonas de Irak y Siria), donde también otros actores se han involucrado haciendo algo similar, como Francia y Rusia. Sin embargo, la gestión Obama ha *aggiornado* la fórmula, sin romper con los principios establecidos.

Surge claramente que en América Latina, según *The Wikileaks Files*, cuando el embajador no puede presionar lo suficiente al o a los mandatarios que no se encuadra(n) dentro de lo que Estados Unidos espera de él o ellos, existen un conjunto de herramientas que comienzan a utilizarse, ya diferentes de las que postularon durante gran parte del siglo XX. Podría decirse que es un menú de opciones del siglo XXI: financiamiento de ONG’s a través de USAID para construir un estado de opinión popular cuestionador de las acciones de gobierno;³ multiplicación de contactos con corporaciones empresariales o empresarios del capital más concentrado, financiamiento de campañas mediáticas, denuncias de corrupción generalizadas, replicadas ampliamente en los medios de comunicación más concentrados de Estados Unidos. El objetivo es claro: desestabilizar, propugnar golpes de estado de nuevo cuño, los “golpes blandos” al estilo de lo sucedido con el presidente Fernando Lugo en Paraguay (2012), los movimientos que se desarrollan en la actualidad en Brasil para lograr un *impeachment* contra la presidenta

³ Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (en inglés: *United States Agency for International Development, USAID*).

Dilma Rouseff. Cuando, la violencia interna se impone, como los casos de Venezuela o Ecuador, el reconocimiento rápido de autoridades de dudosa legitimidad se efectúa sin respetar los tiempos mínimos que son de estilo en la práctica diplomática.

Lamentablemente, la gestión Obama, que comenzó con todas las esperanzas puestas en una línea diferente, no fue lo esperado. Resultaría sencillo dirigir la mirada exclusivamente al presidente y lanzar cuestionamientos e invectivas sobre su gestión, pero ello implicaría omitir efectuar un análisis serio. La debilidad prácticamente congénita de su mandato, puesta en evidencia con el simple ejemplo de las dificultades de poner “en caja” al legislativo al intentar imponer proyectos de ley entendidos como centrales de su plataforma (salud, inmigración, armas), pone en evidencia que la estructura del poder en Estados Unidos va mucho más allá de la figura presidencial. Si bien no estamos diciendo que la teoría de la gestión burocrática es lo que domina en las administraciones de Estados Unidos, entendemos que lo lógico es mirar sobre las prácticas de su sistema político, y ahí empiezan a aclararse las complejidades de la política pura y la gestión presidencial. En pocas palabras, el presidente dispone de una cuota muy importante de poder, pero eso sucede cuando la estructura política que lo llevó a ese lugar le responde, cosa que se verificó con algunos presidentes (Roosevelt, Reagan, por citar algunos); pero no con otros (Kennedy, Obama). La crisis económica deriva, matemáticamente, hacia la crisis política, cosa que se ha verificado en innumerables casos históricos, y las

opciones de salida por lo general o en la mayoría de los casos se encaminó hacia opciones reaccionarias.

El sistema político norteamericano se encuentra en un proceso de transformación donde la capacidad de recaudar dinero para la campaña es más importante, tal como lo detalla Valeria Carbone en un artículo publicado en esta Revista.⁴ Pero, el problema es aún mayor ya que la concentración económica se ha profundizado a tal grado que “la democracia capitalista sólo puede funcionar si unos pocos son quienes toman las decisiones, con una participación superficial de la ‘masa’. En este sentido la despolitización, apatía y cinismo que provocan los medios de comunicación en el ciudadano son muy útiles e imprescindibles para el funcionamiento del sistema”.⁵ Y entonces, tal como sostiene Miedege, “la concentración de la propiedad no

⁴ Valeria L. Carbone. “‘Banca para ser presidente’: Las campañas presidenciales en los Estados Unidos y el rol del dinero en el proceso electoral estadounidense”; *Revista Huellas de Estados Unidos*, nro. 4, marzo de 2013.

http://www.huellasdeeu.com.ar/ediciones/edicion4/9-Carbone_pp-99-110.pdf

⁵ Ana I. Segovia y Fernando Quirós. “Plutocracia y corporaciones de medios en los Estados Unidos”, *CIC Cuadernos de Información y Comunicación*, 2006, vol. 11, página 179. Y respecto al dinero de las campañas, indican los autores: “A este respecto, las palabras de uno de los antiguos directores de investigación de *The Center for Responsive Politics*, John Goldstein, son concluyentes: ‘Estas contribuciones a gente relacionada con los comités que tienen jurisdicción sobre los intereses de los distintos PACs son la evidencia circunstancial más clara que tenemos de que las contribuciones no son, como pretenden los que donan y los que reciben el dinero, por un buen gobierno. Es un dinero dirigido, y su dirección tiene unas razones legislativas claras. No es ilegal. Pero la diferencia entre lo que uno califica de soborno, que es ilegal, y lo que uno considera contribución política, no está clara’ (citado por Auletta, 1995: 56).”

constituye solamente una deriva económica, sino que es también un problema fundamental para la democracia porque el poder económico puede transformarse en poder político e igualmente en poder de opinión, amenazando así el funcionamiento de la democracia”.⁶

Las campañas mediáticas de sólo una cadena han impuesto al sentido común ciudadano que por ejemplo Obama no nació en territorio estadounidense, y hoy están trabajando la idea de que el Papa Francisco es comunista o, cuando menos, socialista o, peor aún, marxista. Es decir, se construye una idea, y se trabaja su instalación para la creación de un particular consenso. Es por ello que resulta relevante el artículo que aquí se publica de Pablo Pozzi, quien entiende que dicho sistema político –y acotamos, apoyado en la concentración mediática y económica-, se encuentra en un sendero que conduce a una variante del fascismo, de nuevo cuño, estilo siglo XXI.

Ello es posible porque los grandes medios de comunicación hoy pueden ser entendidos como aparatos del estado capitalista, ya que según la interpretación de Paoli de los escritos de Antonio Gramsci sobre hegemonía, esto refiere a la articulación y consolidación de clase en un proceso de transformación revolucionaria (no necesariamente popular, también puede ser revolucionaria en términos reaccionarios, aclaramos). Paoli entiende que la hegemonía ha de entenderse como

un sistema político cultural que tiende a cohesionar cada vez más orgánicamente a un grupo humano e imponerle sus fines sociales, sus formas ideales de organización política y económica y por ello, esta acción hegemónica se estructura como un sistema de dirección y dominio de una clase o un fracción de clase sobre el resto.⁷

En suma, Barack Obama es el producto de un proceso de concentración económica y política, que ningún presidente siguiente podrá domeñar en tanto su acceso al gobierno se construya con similares estructuras de poder. La clase dominante en Estados Unidos ha redefinido y afinado sus objetivos con mayor facilidad, ya que cada vez son menos los muy ricos, y ponerse de acuerdo en la dirección general es más fácil. Los sueños de sus promesas de campañas hoy están, para la inmensa cantidad de esperanzados votantes, definitivamente rotos. Solo queda esperar para el futuro un constante debilitamiento de aquellas ideas que le permitieron ganar las elecciones, para dar paso a una opción claramente reaccionaria.

Con los sueños rotos, ¿qué hará la creciente masa de empobrecidos votantes norteamericanos?

Fabio G. Nigra

⁶ Bernard Miege. “La concentración en las industrias culturales y mediáticas (ICM) y los cambios en los contenidos”; *CIC Cuadernos de Información y Comunicación*, 2006, vol. 11, página 159.

⁷ Antonio Paoli. “Hegemonía, sentido común y lenguaje”; en *Comunicación y Cultura* No. 10, página 78.